

**En la encrucijada de la glocalización
Algunas reflexiones desde el ámbito local, nacional y global***

Alberto Acosta**

“Los que tienen el poder -de ahí sus borracheras de poder, sus prepotencias y el placer que encuentran en ello- saben que pueden cambiar las cosas sin necesidad de entenderlas. Los que no tenemos el poder, en cambio, tenemos que dedicar, antes, mucho tiempo, a la trabajosa tarea de conocer el mundo y entenderlo. (...) Quedarse en el puro entendimiento de las situaciones y no preocuparse por pasar a su cambio es, sin embargo, un ejercicio tal vez tan placentero como la erótica del poder, pero estéril, casi masturbatorio, casi autista.”

José María Tortosa (2001)

Uno de los puntos más destacados en la reciente discusión sobre el desarrollo gira alrededor de la vigencia o el fracaso de “la gran teoría del desarrollo”, mejor dicho de aquellas reflexiones teóricas que pretendieron, en algún momento, erguirse como una gran teoría. El debate parte de la constatación indiscutible, de que se vive un panorama desolador: desmoronamiento del Estado, pérdida de competitividad, violencia, miseria e inequidad crecientes, ausencia de mercados transparentes y eficientes. Los polos entre el mundo industrializado y el subdesarrollado, así como entre los minoritarios grupos de personas cada vez más acomodadas y las grandes masas desposeídas en los países subdesarrollados, se distancian cada vez más. Esto se refleja en el aumento de la pobreza y la exclusión, así como en los magros resultados obtenidos por la mayoría de los países subdesarrollados o empobrecidos en su empeño por superar su situación de retraso tecnológico, así como en una clara tendencia hacia un creciente empeoramiento de su situación...

* Artículo publicado en la revista Ecuador Debate N° 55

** Ecuatoriano. Economista, Universidad de Colonia, Alemania. Profesor universitario. Consultor internacional y del ILDIS-FES en Ecuador. Asesor de organizaciones indígenas y sociales. Autor de varias publicaciones. Dirección electrónica: alacosta@hoy.net - alacosta48@yahoo.com.

Esta situación reflejaría una contradicción entre teoría y realidad. Algo que no es casual. La economía neoclásica -dominante- se sustenta en el supuesto de una por lo demás inexistente igualdad de oportunidades entre todos los actores (nacionales e internacionales) y excluye la influencia de factores ajenos a la economía, como puede ser la desigualdad de poder, como palanca para la multiplicación del bienestar. Descuida que la continuada acumulación de capital y el incremento permanente del consumo, con su desgaste gratuito de la naturaleza, llevan a la destrucción del equilibrio ecológico. Este “pensamiento único”, el neoliberal, no tiene respuestas para los más grandes retos de la actualidad, es decir, la desigualdad social y la crisis ecológica a nivel nacional ni a nivel global. Las medidas que receta, como puede ser la adaptación estructural del FMI, muchas veces, agravan los problemas. Algo que se comprueba a diario en América Latina.

“Como última ‘gran teoría’, el neoliberalismo impresionó sobre todo por su simplificación. Con su ilimitada confianza en la ‘magia del mercado’ parecía que existiera una respuesta a todos los problemas del desarrollo. Se diagnosticó que el Estado era la raíz de todo mal y se le pararon los pies, a través de la desregulación y la liberalización”, en palabras de Cord Jakobeit (2001). Si se toma en consideración los miserables resultados de esta gran teoría, instrumentada masivamente a raíz de la crisis de la deuda externa iniciada en 1982, cabría preguntarse cuál fue realmente el objetivo final de esta propuesta ideológica: el desarrollo o quizás simplemente el mantenimiento del servicio de dicha deuda... como palanca para provocar la inserción sumisa de las economías subdesarrolladas en la nueva división internacional del trabajo.

Sin embargo, cabe reconocer que, conjuntamente con el “retorno del neoliberalismo”, para ponerlo en los términos del economista latinoamericano más connotado, el argentino Raúl Prebisch (1901-1986), se derrumbó -al menos temporalmente- todo un instrumentario de análisis y crítica, como producto, entre otros factores, de prácticas desarrollistas y por cierto también por efecto de un keynesianismo congelado y reiterativo incapaz de reinterpretar las cambiantes condiciones. Ahora, sin embargo, superadas las visiones simplistas y dogmáticas, el mundo se enfrenta a nuevos y también viejos desafíos con menos ataduras ideológicas, lo cual permite recuperar la capacidad de análisis y de respuesta, reconociendo que las teorías anteriores no resultaron “el guerrero para abatir al dragón del atraso”, como decía Albert Hirschman; “pretendido aniquilador de dragones (que) se tropezó con su propia espada”, en palabras de Amartya Sen, Premio Nobel de Economía de 1998.

Y un asunto fundamental que se debe reconocer es que en los casos en los cuales un número muy reducido de países del mal llamado “tercer mundo” superó parte de las condiciones de pobreza y retraso reinantes, lo hizo sin ajustarse a las recomendaciones del esquema neoliberal. De todas maneras, las limitaciones teóricas no pueden conducir a una apreciación equivocada, que confundiría los medios con los objetivos: “¡Se clama contra la teoría, cuando en realidad se quiere acusar al objeto!”, afirma con razón Rainer Tetzlaff (2001).

De la gran teoría a la multiplicación de teorías

El subdesarrollo es una situación compleja. No puede ser aprehendida con fórmulas simplistas. Las explicaciones monocausales, que reconducen la situación de subdesarrollo a una única causa, articulan, en el mejor de los casos, medias verdades que conducen a sonados fracasos. Esto exige una construcción teórica inteligente, que entienda de una vez por todas que no hay como proporcionar respuestas válidas para todos los tiempos, todos los lugares y todos los problemas. El desarrollo -si todavía hay como aferrarse a este concepto- representa un proceso continuo de búsqueda y aprendizaje, en el que se aprende de las experiencias y de los errores. Hoy hay, sin duda, una búsqueda de nuevos caminos a partir de una recuperada modestia, lo cual de por sí ya es un avance.¹

Si se aceptan las reflexiones anteriores, entonces no es posible esperar que se proporcione, con un máximo de datos empíricamente seguros, la mejor explicación del estado de cosas observable, sus desenvolvimientos y su contexto. Menos aún se puede definir totalmente lo que se debería hacer para alcanzar metas con base normativa. Esto resultó, a todas luces, una pretensión inalcanzable.

Sería, sin embargo, un grave error suponer que las anteriores teorías han perdido totalmente su valor. En primer lugar, las teorías mismas siguen siendo necesarias. No han perdido ni su objeto ni las cuestiones necesitadas de explicación. Tampoco “la historia ha terminado” y por lo tanto hasta la tan denigrada teoría de la dependencia, originada especialmente en América Latina, para explicar gran parte de las causas del subdesarrollo, mantiene su vigor.² Dependencia exterior que constituye expresamente el supuesto básico de un reciente libro de José María Tortosa, intitulado “El juego global – Maldesarrollo y

¹ La pretensión de una gran teoría ha sido desvirtuada, a pesar de la pretensión totalizadora del neoliberalismo. No hay una visión única, ni un camino único. No existe una clave universalmente válida en la teoría del desarrollo que sirva para todos los continentes y grupos de países con diferentes problemas estructurales. Tampoco es posible creer que existan soluciones suficientes y envolventes para un determinado país. Lo que está realmente en crisis es el discurso de la razón única.

pobreza en el capitalismo mundial” (2001), quien afirma que “el problema del llamado subdesarrollo se origina en los países llamados desarrollados, se agudiza gracias a estos últimos con la visible colaboración de las elites de los países pobres...”

La dependencia, más marcada aún en épocas de acelerada mundialización del capital, se podría traducir en que “el éxito de los países industrializados es el fracaso de los países en vías de desarrollo: la ventaja de los primeros, en cuanto a capacidad de maniobra en política económica, se corresponde con la mayor dependencia de los segundos, su alto nivel de empleo con la dificultada creación de ingresos de aquéllos. Esto se refiere a un estado de cosas ya diagnosticado por la teoría de la dependencia. De hecho, la teoría monetaria del desarrollo, se fundamenta en una especie de dependencia monetaria de los países en desarrollo” (Schelckle 2001).

De todas maneras, la crisis de la teoría del desarrollo, provocada y procesada en un momento histórico de profundas inflexiones del capitalismo internacional, demostró ser una necesaria catarsis. Resultó hasta indispensable para cambiar y avanzar en la propia construcción teórica.

Ahora, luego de la caída del muro de Berlín y sus dogmas, así como con el creciente fracaso de las propuestas neoliberales y sus dogmas, la humanidad se encuentra mucho más posibilitada que antes para caminar en la búsqueda de alternativas plurales, sustentables y democráticas. Pero, con el atentado en Nueva York del 11 de septiembre del 2001, que desembocó en una respuesta guerrerista y autoritaria por parte de los EEUU para combatir el terrorismo internacional, que bien podría ser también una vía para tratar de apuntalar la vigencia del neoliberalismo, la humanidad está compelida a buscar dichas alternativas reforzando y profundizando las prácticas democráticas. En la mira está la construcción de sociedades sustentables y no un desarrollo cuantitativamente imposible o ideológicamente abstracto.

Para hacerlo se requiere más que nunca de teorías que permitan analizar y, en especial, resolver los graves problemas que aquejan a la gran mayoría de la humanidad. Una tarea que obliga a superar la tendencia a simplificar demasiado realidades complejas y a proponer impulsos aislados o intrínsecamente equivocados para la cooperación internacional.

² Esta teoría se deriva de la teoría del imperialismo capitalista, en contraposición de la teoría de la modernización, de la cual se nutre la propuesta neoliberal.

Frank Bliss (2001), a partir de su experiencia en Africa, concluye que “desarrollo es lo que, desde el punto de vista de los respectivamente interesados, debería ser”. Esta aproximación al tema abre puertas insospechadas para la reflexión y construcción de lo que podría ser el desarrollo.

La superación de la trampa del economicismo

Es importante destacar que muchos de los nuevos aportes planteados superan largamente el estrecho y muchas veces hasta perverso campo del economicismo, que ha centrado su preocupación preferentemente en el crecimiento económico a partir de una creciente disponibilidad de capital. Esta visión, todavía predominante en amplios espacios, está siendo remozada, en especial con la incorporación de otros factores, como por ejemplo lo que se conoce como “capital humano” (término que podría llevar a conclusiones equívocas). Hay sobra de razones para asegurar que el principal estrangulamiento del desarrollo no es la falta de capital en sí, sino más bien la ausencia de políticas e instituciones para ampliar las capacidades humanas existentes.

No cuentan las riquezas o sea las cosas que las personas puedan producir durante sus vidas, sino lo que las cosas hacen por la vida de las personas: “El desarrollo debe preocuparse de lo que la gente puede o no hacer, es decir si pueden vivir más, escapar de la morbilidad evitable, estar bien alimentados, ser capaces de leer, escribir, comunicarse, participar en tareas literarias y científicas, etc. En palabras de Marx, se trata de 'sustituir el dominio de las circunstancias y el azar sobre los individuos, por el dominio de los individuos sobre el azar y las circunstancias'” (Amartya Sen). Una convivencia sin miseria, sin discriminación, con un mínimo de cosas necesarias y sin tener a éstas como la meta final.

Hay, como se ve, intentos por elevar la mirada hacia otros campos, pero aún está presente el criterio de que el crecimiento económico es la puerta indispensable para transitar por la senda del desarrollo.

Para reforzar la necesidad de una visión más amplia, superadora de los estrechos márgenes cuantitativos de la economía dominante, es recomendable apropiarse de las palabras de Amartya Sen, quien cree “que las limitaciones reales de la economía tradicional del desarrollo no provinieron de los medios escogidos para alcanzar el crecimiento económico, sino de un reconocimiento insuficiente de que ese proceso no es más que un medio para lograr otros fines. Esto no equivale a decir que el crecimiento carece de importancia. Al contrario, la puede tener, y muy grande, pero si la tiene se debe a que en el proceso de crecimiento se obtienen otros beneficios asociados a él. (...) No sólo ocurre que el crecimiento

económico es más un medio que un fin; también sucede que para ciertos fines importantes no es un medio muy eficiente". Y por lo tanto, no es la única vía a la que debería darse necesariamente prioridad.

Una conclusión básica de las experiencias de desarrollo radica en la diferencia marcada de los pobres resultados obtenidos con los tratamientos tradicionales enmarcados en un manejo casi exclusivamente economicista y los logros alcanzados en determinados casos concretos, en los cuales se encontraron respuestas sustentadas especialmente en respuestas multidisciplinarias, no apegadas a los dogmas dominantes; bastaría con tener presente la experiencia de los países asiáticos o de los países europeos. En los países empobrecidos, la institucionalidad vigente y las medidas ortodoxas adoptadas, en el mejor de los casos, apenas han contribuido a desactivar los elementos más explosivos del subdesarrollo; mientras que en los países desarrollados las respuestas amplias han sido mucho más efectivas.

Vale la pena insistir que la multiplicidad y diversidad de enfoques existentes permiten concluir que no hay una receta teórica indiscutible en tiempo y espacio. Así, lo que pudo producir resultados positivos en un país en un momento dado, no necesariamente puede ser extrapolado para otra realidad, en otras circunstancias.

A pesar de los cuestionamientos a la(s) teoría(s) del desarrollo, no es menos cierto que parte sustantiva del trabajo teórico desplegado hasta la actualidad mantiene aún su validez. Desde una perspectiva latinoamericana sobreviven las explicaciones o teorías del subdesarrollo, muchas de las cuales, sin caer en simplismos interpretativos, todavía expresan gran parte de su vigor explicativo, tal como se manifestó anteriormente en relación a la teoría de la dependencia. "Pese a todos los agoreros que pregonan el fracaso de la(s) teoría(s) del desarrollo, tenemos que reconocer con asombro, que la mala y caduca teoría del desarrollo, continúa avanzado", concluye Teztlaf, al romper renovadas lanzas a favor de la teoría del desarrollo.

Y, para ponerlo en palabras de Elmar Altvater, Profesor de la Universidad Libre de Berlín, uno de los mayores exponentes del pensamiento alemán, el punto de partida en la búsqueda de respuestas para superar el subdesarrollo, que exigen un sostenido esfuerzo teórico, será una suerte de "caos ecléctico". Por tanto, quien como neoclásico, keynesiano, marxista o institucionalista pretendiera explicar el mundo, debería estar equivocado hasta que no combine los ingredientes de distintos enfoques." No hay duda alguna, la resolución de los problemas exige una aproximación multidisciplinaria.

Por último, reconociendo que "el modelo occidental de desarrollo, en el momento de su histórico triunfo sobre adversarios y competidores (resulta) universalmente cada vez menos deseable y aplicable"

(Tetzlaf 2001), es preciso discutir el significado mismo del desarrollo, que no puede agotarse en visiones recuperantes o copiatoras de realidades ajenas -eurocéntricas- y hasta imposibles de reeditar porque ya no hay condiciones para otra Corea del Sur, no se diga otro Japón, por ejemplo, algo que los mismos organismos multilaterales y la realidad del mercado mundial administrado (neoproteccionista) se encargan a diario de impedirlo. Un desarrollo que tampoco se puede reeditar por razones naturales, la Amazonía, por ejemplo, no es la cuenca del Ruhr o Chicago, así de simple.

Por eso no es posible asumir que la imitación es menos costosa y que, por lo tanto, los países subdesarrollados tienen la posibilidad de crecer con más rapidez que los industrializados... El desarrollo, que quede claro de una vez por todas, no es simplemente un proceso de cumplimiento de una serie de etapas preestablecidas, no hay una vía para el desarrollo, así como tampoco países en vías de desarrollo... No hay espacio para un desarrollo recuperante o imitativo del modelo occidental a nivel mundial. No es un asunto de “buenas” políticas económicas o de “hacer bien las cosas”, visión positivista y unilateral que solo conducirá a complicar más la situación. Los parches tampoco solucionan los problemas, pues, a la larga, como reconoce Tortosa, pueden ser algo contraproducente.

Hay que desarmar estas visiones simplificadoras y hasta mecanicistas. El éxito o fracaso no ha sido ni será, en primer lugar, una cuestión de recursos físicos, sino que dependió decisivamente de la capacidad de organización, participación e innovación de amplios grupos sociales y por cierto de los niveles de equidad existentes. Los países de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) tuvieron que experimentar que el desarrollo ni se compra (con los petrodólares) ni se regala (mediante la ayuda al desarrollo). Tampoco es un asunto de copiar experiencias foráneas. Se conoce hasta la saciedad de la experiencia latinoamericana que ninguna de las importaciones de teoría correspondió, ni siquiera mínimamente, a la realidad social del subcontinente. Estas teorías importadas fingieron una realidad que nunca existió y trazaron visiones de futuro que jamás tuvieron la mínima posibilidad de llevarse a efecto, basta ver lo que sucede con las propuestas neoliberales. Por eso, con frecuencia los conceptos de desarrollo importados, y mal adaptados, han servido para ahondar las diferencias existentes y hasta para legitimarlas, por más que fueron vendidas como el camino indiscutible del progreso. Y en esta línea de reflexión, por igual habría que cuestionar el término de subdesarrollo, que podría enriquecerse con la concepción de maldesarrollo, como plantea José María Tortosa.

Lo ilimitado en contraposición a lo sostenible

En las actuales condiciones, simplemente desde una perspectiva ecológica, el modelo capitalista de desarrollo resulta imposible de repetir y será hasta insostenible en poco tiempo. Si esto es así para el mundo en su conjunto, con mayor razón para zonas caracterizadas por una elevada fragilidad ambiental, como la Amazonía, por ejemplo. El modelo industrialista de progreso y bienestar del mundo occidental, en concreto sus formas de consumo y producción, sus estilos de vida, no son ni intergeneracional ni internacionalmente generalizables. Es más, desde la perspectiva ecológica global, los países industrializados, con un alto desarrollo técnico y una gran acumulación de capital material, aparecen ahora como países subdesarrollados o maldesarrollados, pues son justamente ellos los que más ponen en peligro la sostenibilidad del mundo.

Y como para complicar más el escenario futuro, el desarrollo desigual alcanza hoy, y de manera creciente, también a los países industrializados.

La influencia global, en suma, exige a su vez respuestas globales. Si se pone la vida en el centro de la atención y no simplemente la reproducción del capital, la globalización se transforma en una responsabilidad global, sin perder de vista el escenario nacional y por cierto el local. Perspectiva global que fue avizorada ya en 1848 por dos visionarios: Carlos Marx (1818-1883) y Federico Engels (1820-1895). Ellos comprendieron la evolución del mundo global, cuando escribieron que “la gran industria ha creado el mercado mundial, ya preparado por el descubrimiento de América. El mercado mundial aceleró prodigiosamente el desarrollo del comercio, de la navegación y de los medios de transporte por tierra”. Siguiendo con sus reflexiones, “mediante la explotación del mercado mundial, la burguesía ha dado un carácter cosmopolita a la producción y el consumo de todos los países”. Burguesía que, “espoleada por la necesidad de dar cada vez mayor salida a sus productos, (...) recorre el mundo entero. Necesita anidar en todas partes, establecerse en todas partes, crear vínculos en todas partes”; visión anticipada de las empresas transnacionales.

“Con gran sentimiento de los reaccionarios, ha quitado a la industria su base nacional. Las antiguas industrias nacionales han sido destruidas y están destruyéndose continuamente. Son suplantadas por nuevas industrias, cuya introducción se convierte en cuestión vital para todas las naciones civilizadas, por industrias que ya no emplean materias primas indígenas, sino materias primas venidas de las más lejanas regiones del mundo, y cuyos productos no sólo se consumen en el propio país, sino en todas las partes del **globo**. En lugar de las antiguas necesidades, satisfechas con productos nacionales, surgen necesidades nuevas, que reclaman para su satisfacción productos de los países más apartados y de los climas más diversos. En lugar del antiguo aislamiento de las regiones y naciones que se bastaban a sí mismas, se establece un intercambio universal, una interdependencia universal de las naciones. Y esto se

refiere tanto a la producción intelectual de una nación se convierte en patrimonio común de todas. La estrechez y el exclusivismo nacionales resultan de día en día más imposibles; de las numerosas literaturas nacionales y locales se forma una literatura universal.”

“Merced al rápido perfeccionamiento de los instrumentos de producción y al constante progreso de los medios de comunicación, la burguesía arrastra a la corriente de la civilización a todas las naciones, hasta a las más bárbaras. Los bajos precios de sus mercancías constituyen la artillería pesada que derrumba todas las murallas de China y hace capitular a los bárbaros más fanáticamente hostiles a los extranjeros. Obliga a todas las naciones si no quieren sucumbir, a adoptar el modo burgués de producción, las constriñe a introducir la llamada civilización, es decir, a hacerse burguesas. En una palabra: se forja un mundo a su imagen y semejanza.” ¿No es eso exactamente la “globalización” - la mundialización del capitalismo?

Estas realidades, cuando el deterioro ambiental y las desigualdades en el mundo se extienden aceleradamente -algo propio del capitalismo: “un sistema de valores, un modelo de existencia, una civilización: la civilización de la desigualdad”, como lo entendía el economista austríaco Joseph Schumpeter (1883-1950)-, impulsan a plantear el desarrollo como una asignatura universal. Por un lado, los países “subdesarrollados” (mejor habría que hablar de los países empobrecidos y estructuralmente excluidos) deberán buscar opciones de vida digna y sustentable, que no representen la reedición caricaturizada del estilo de vida occidental y menos aún sostener estructuras signadas por una masiva inequidad. Mientras que, por otro lado, los países desarrollados tendrán que resolver sus desequilibrios y, en especial, incorporar criterios de suficiencia antes que intentar sostener, a costa del resto de la humanidad, la lógica de la eficiencia entendida como la acumulación material permanente; los países ricos, en definitiva, deben cambiar su estilo de vida que pone en riesgo el equilibrio ecológico mundial, pues desde esta perspectiva, como se manifestó antes, también son subdesarrollados o maldesarrollados. Estos países no solo sobrecargan, distorsionan y agotan los recursos del ecosistema, sino también los sistemas de funcionamiento social y por cierto la propia institucionalidad. Transforman a su sociedad en “un riesgo ecológico”. Riesgo que amplifica las tendencias excluyentes y autoritarias en el mundo y aún dentro de sus países.

Todo lo anterior no solo implica un cuestionamiento consiente del desarrollo en tanto opción cuasimágica para la solución de los problemas del Sur. Pues, en realidad lo que se ha hecho hasta ahora es insertar en los países del Sur la lógica muchas veces devastadora de la acumulación capitalista, que afecta el ambiente y las culturas, al tiempo que promociona las desigualdades. Vista así la cosa, “la esencia del subdesarrollo, no es otra cosa que el resultado de un proceso en el cual las burguesías de los estados más

poderosos abusan de las naciones económicamente débiles, aprovechando precisamente esta condición, a la vez que esos abusos perpetúan y hasta ahondan tal debilidad, reproduciendo en escala ampliada, aunque con modalidades cambiantes, los mecanismos básicos de explotación y dominación”, tal como expresaba el ecuatoriano Agustín Cueva (1979).

La pregunta que emerge en este punto es si será posible y realista intentar un desarrollo diferente a partir de la vigencia de los derechos humanos -políticos, económicos, sociales, culturales, sexuales y ambientales-, como base para una sociedad solidaria, dentro del capitalismo. Sobre todo ahora cuando han cambiado las condiciones históricas en relación a las existentes al tiempo del desarrollo de los actuales países industrializados... Y por cierto es hora de preguntarse sobre el significado mismo del desarrollo, que se lo asume como de amplio conocimiento y aceptación. Cuando, en realidad, desde una visión indígena amazónica, para citar apenas un ejemplo, la idea misma del desarrollo, en los términos de la comprensión “occidental”, es prácticamente desconocida.³

Es claro, entonces, que no está en juego simplemente un proceso de acumulación material. Se precisan respuestas amplias y complejas, en las cuales los beneficiarios deben ser los propios actores para la construcción de sociedades sustentables en términos de equidad social, cultural, de género, ecológica, étnica. Solo así quizás se superen aquellas visiones simplistas que convirtieron “al Tercer Mundo en el desaguadero de los prejuicios, pero también en campo de proyección para las esperanzas revolucionarias que se abrigaban para Occidente y que allí nunca lograron enraizarse en la realidad política”, en palabras de Lothar Brock (2001).

Siguiendo a Aníbal Quijano, “¿Significa esto que desarrollo es, o podrá ser, de nuevo una bandera en el horizonte de las próximas contiendas por el sentido de la historia que viene? ¿O es más bien la evocación de un fantasma que, como el de Elsinor, podrá quizás presidir desde las sombras la intempestiva furia que ponga fin a la prolongada vacilación del Hamlet latinoamericano?” (2000).

³ Carlos Viteri Gualinga, quichua, intelectual amazónico, considera que “en la cosmovisión de las sociedades indígenas, en la comprensión del sentido que tiene y debe tener la vida de las personas no existe el concepto de desarrollo. Es decir, no existe la concepción de un proceso lineal de la vida que establezca un estado anterior o posterior, a saber, de sub-desarrollo y desarrollo; dicotomía por los que deben transitar las personas para la consecución de bienestar, como ocurre en el mundo occidental. Tampoco existen conceptos de riqueza y pobreza determinados por la acumulación y carencia de bienes materiales. (...) existe una visión holística a cerca de lo que debe ser el objetivo o la misión de todo esfuerzo humano, que consiste en buscar y crear las condiciones materiales y espirituales para construir y mantener el ‘buen vivir’, que se define también como ‘vida armónica’, que en idiomas como el runa shimi (quichua) se define como el ‘alli káusai’ o ‘súmac káusai.’” Por cierto que parte de estas diferencias son entendibles por las diversas lógicas de razonar el conocimiento, que encuentran su explicación también en el idioma.

Hacia la construcción de respuestas glocales

Cuando los problemas se tornan globales hay que globalizar la política. No se aceptable que solo se globalice el capital financiero y las acciones represivas. Hay que adoptar una responsabilidad global y construir instituciones que posibiliten una acción global amplia, integral para procesar cambios profundos en los diversos espacios de la vida humana. ¿Será acaso el momento para pensar en un gobierno democrático global, que repiense hasta el tema del monopolio de la violencia legítima a escala global? Algo así ya lo insinuaba Willy Brandt (1980), cuando decía “estamos cada vez más, nos guste o no, frente a problemas que afectan a la humanidad en su conjunto, por lo que las soluciones a estos problemas son inevitablemente internacionales. La globalización de los peligros y los retos demanda políticas internacionales que van más allá de los temas parroquiales o, incluso, nacionales.”

Acción global que implica revitalizar la discusión política, oprimida por el economicismo. El propio mercado -no solo el Estado- requiere una reconceptualización política, pues no puede dejarse que éste influya en la vida de las sociedades sin regulaciones adecuadas. Si el mercado es una construcción social, hay que repensarlo en función de las necesidades sociales, pues sin el cual no existirían las economías de escala, ni los beneficios y los saltos cuantitativos y cualitativos en la productividad técnico-económica. Simplemente dominaría su deficiente ordenación política, esto es, su falta de concreción conduciría, como ha sucedido con los llamados mercados libres, al caos. “No se puede dejar en libertad completa a los mercados, porque pueden ser insuficientes en algunas cosas y perniciosos en otras. (...) Sin este marco legal y social, los mercados pueden ser totalmente inmorales, ineficientes, injustos y generadores del caos social. (...) El buen funcionamiento de los mercados, para los fines instrumentales que la sociedad les asigna, exige que no sean completamente libres. Los mercados libres nunca han funcionado bien y han acabado en catástrofes económicas de distinta naturaleza” (de Sebastián 1999).⁴

Dicho de otra forma, si se ahonda la consolidación del capitalismo como la civilización de la desigualdad, más aún en su versión extrema, la neoliberal, es muy probable que las condiciones existentes en el mundo se asemejen cada vez más a las de una Edad Media con reducidos grupos humanos que concentran los avances tecnológicos manteniendo crecientes exclusiones sociales, en medio de insospechadas tensiones políticas y con un marcado deterioro ecológico. Esto será aún más complejo en

⁴ El mercado en un “entorno civilizador” puede ser benéfico para sociedad, mientras que en un “entorno destructor” será definitivamente dañino (de Sebastián). Karl Polanyi ya lo decía en 1944: “El mercado es un buen sirviente, pero un pésimo amo”.

un ambiente caracterizado por una violencia globalizada y respuesta de corte autoritaria con la que se pretende enfrentar el terrorismo internacional, amenaza que requiere ser politizada si realmente se quiere enfrentarla desde sus raíces, como acertadamente afirma José Sánchez Parga (2001).⁵

El establecimiento de proyectos más eficaces de desarrollo y aún de mejoramiento de las estructuras macroeconómicas y políticas a nivel nacional, no pueden garantizar por sí solas un desarrollo global sostenible. Son necesarias reformas de las condiciones marco en la economía mundial. Hacia ello existen algunas propuestas de cambio ampliamente debatidas. Se multiplican las voces que solicitan un nuevo ordenamiento mundial del comercio, de la competencia, del sistema monetario y financiero, y medioambiental, que debería desembocar en una suerte de gran pacto social mundial. Ordenamiento que debe priorizar el establecimiento de reglas para resolver el sobreendeudamiento externo de todos los países empobrecidos en el marco del estado de derecho.⁶

Surge con fuerza la necesidad de desinflar la gran burbuja especulativa mundial, cuya lógica de acumulación ha subordinado la racionalidad social, cultural y hasta ecológica. El mercado financiero internacional ha colonizado a la economía real y hasta a la misma política. Esto conduce a reforzar e integrar propuestas como la del Impuesto Tobin, a través del cual se desea frenar el engranaje especulativo de las finanzas internacionales y conseguir recursos para el desarrollo, estableciendo un fondo para enfrentar los desequilibrios en el mercado financiero internacional a favor de los países empobrecidos.⁷ Siguiendo estas reflexiones aparece la urgencia por desarmar los paraísos fiscales. Igualmente hay que incorporar en la discusión el análisis de diversos mecanismos de control de los flujos de capital a nivel nacional, regional y mundial. Así como la solución de la deuda ecológica, en la que los países subdesarrollados son los acreedores.⁸ Esta deuda, que no tiene necesariamente que expresarse y pagarse

⁵ “Lo que hemos interpretado como hipótesis *terrorista* responde al supuesto ampliamente compartido de que un *ethos de terror* en el mundo se desarrolla y acumula de acuerdo a una simple ecuación: el colosal desarrollo de fuerzas productivas y de acumulación y concentración de la riqueza produce, junto con una creciente destrucción física, una todavía mayor pobreza, siempre directamente proporcional al volumen de víctimas inocentes, excluidos y victimados por el orden global” (Sánchez-Parga 2001).

⁶ Sobre el particular se pueden consultar los aportes del autor (2001).

⁷ Esta iniciativa está siendo liderada por ATTAC: Association pour une Taxation des Transactions financières pour l'Aide aux Citoyens – Asociación por un Tributo a las Transacciones Financieras y Ayuda a los Ciudadanos, que surgió en Francia y que se extiende cada vez más en el mundo.

⁸ Esta deuda, que se originó con la expoliación colonial -la tala masiva de los bosques naturales, por ejemplo-, se proyecta tanto en el "intercambio ecológicamente desigual", como en la "ocupación gratuita del espacio ambiental" de los países pobres por efecto del estilo de vida depredador de los países industrializados, algo que se refleja ya en el sobrecalentamiento acelerado de la tierra. Así, hay que incorporar las presiones provocadas sobre el medio ambiente a través de las exportaciones de recursos naturales -normalmente mal pagadas y que tampoco asumen la pérdida de nutrientes y de la biodiversidad, para mencionar otro ejemplo- provenientes de los países

en términos convencionales, coloca en el centro de la discusión el tema ambiental a nivel global y anticipa un gran reajuste económico y geopolítico.⁹

Las consideraciones ambientales abren la puerta para el tratamiento global de una serie de asuntos trascendentes, como son la biogenética y los alimentos transgénicos, la polución y los tratados internacionales en el ámbito del clima global.

La coyuntura y la experiencia de las últimas décadas en especial imponen como cuestión de fondo la construcción de un nuevo orden de la política mundial que al menos dome al capitalismo salvaje, mediante delimitaciones financieras y ecológicas capaces de superar los problemas. Por otro lado, las actuales instancias normadoras y controladoras existentes están seriamente cuestionadas:

- el FMI y el Banco Mundial, con poco más de medio siglo de funcionamiento, muestran pobres resultados de sus políticas y estrategias;
- la racionalidad de la Organización Mundial de Comercio (OMC) tampoco es ampliamente aceptada;
- el rechazo masivo al Acuerdo Multilateral de Inversiones (AMI) habla de la necesidad de esquemas regulatorias que no intenten simplemente establecer garantías para la acumulación del capital;

subdesarrollados, exacerbadas últimamente por los crecientes requerimientos que se derivan del servicio de la deuda externa y de la propuesta aperturista a ultranza. Propuesta que, al estimular al máximo las exportaciones, ha devenido en promotora y aceleradora de los monocultivos, del uso incontrolado de agrotóxicos, de la deforestación masiva, de la mayor e indiscriminada presión sobre los recursos naturales. Adicionalmente, desde la lógica de recortes fiscales de los programas de ajuste estructural y de las políticas de estabilización se han reducido sustantivamente las escasas inversiones destinadas a aquellos proyectos de protección y aún de restauración ecológica que serían indispensables para reducir la sobre-explotación de la oferta ambiental. Y la deuda ecológica crece, también, desde otra vertiente interrelacionada con la anterior, en la medida que los países más ricos han superado largamente sus equilibrios ambientales nacionales, al transferir directa o indirectamente "polución" (residuos o emisiones) a otras regiones sin asumir pago alguno. A todo lo anterior habría que añadir la biopiratería, impulsada por varias corporaciones transnacionales que patentan en sus países de origen una serie de plantas y conocimientos indígenas. Por eso se podría afirmar que no solo hay un intercambio comercial y financieramente desigual, sino que también se registra un intercambio ecológicamente desequilibrado y desequilibrador.

⁹ Desde esta perspectiva y si se considera que la deuda externa financiera ya habría sido pagada, al incorporar las deudas social, histórica y ecológica, la pregunta que surge es quién debe a quién. Es más, hasta cabría pensar en una organización de acreedores de las deudas histórica y social, así como sobre todo ecológica conformado por los países empobrecidos. Estas son algunas de las propuestas globales urgentes para "civilizar" el mercado financiero internacional. Sin embargo, puede que no representen a primera vista una salida radical como sería la que se conseguiría con la cancelación definitiva de todas las deudas del mundo pobre, pero llevan implícita la modificación profunda de las reglas del juego. Son apuestas en construcción por un futuro diferente -¡otro mundo es posible!-, que no se logrará simplemente con discursos y posiciones radicales carentes de propuesta.

- el Acuerdo para el Libre Comercio de las Américas (ALCA), por igual, asoma como una real amenaza para América Latina.

Sin embargo, a pesar de todos los cuestionamientos valederos y urgentes que hay que hacer a estas instituciones, aún a las que están en ciernes, resulta asombroso la todavía relativamente escasa discusión tendiente a establecer normas para el “mundo” financiero. Hoy más que nunca, a la luz de las reiteradas crisis de deuda externa, urge la construcción de un código financiero internacional que regule los mercados financieros.

Esta lógica global, no obstante, exige respuestas locales, sin descuidar el ámbito nacional. Las que, a su vez, conducen a concentrar los esfuerzos en un mercado interno generalizado a partir de esquemas descentralizados, propendiendo a una mejor distribución de la población en el territorio, reforzando las interacciones a nivel de las comunidades, regiones, naciones. Este empeño exige satisfacer la demanda local con producción local, integrando productivamente a los diversos rubros de la economía, etc. Históricamente el punto de partida de las economías exitosas, sin cerrar la puerta a la inserción en el mercado mundial¹⁰, era la recuperación del espacio nacional para el desarrollo a partir de una estrategia de “disociación” selectiva. “El desarrollo autocentrado consiste, en su sentido más genérico, en la unión orgánica de las actividades siguientes: nueva prospección de los recursos disponibles a nivel local; utilización local de estos recursos; creación de un sector industrial propio para la producción de medios de producción; continuación del desarrollo existente y la invención de la tecnología adecuada a este propósito; incremento de la productividad agrícola; producción industrial de bienes de consumo de masas. Sólo la convergencia de estas actividades permite una amplia y escalonada apertura del mercado interior, integrando a la masa de la población en actividades productivas, con la consiguiente consecución de poder adquisitivo, lo que dinamiza la demanda de bienes de masas de consumo y de equipo, tanto agrícolas como industriales, así como la demanda de prestaciones de servicios públicos y privados a nivel local” (Senghaas 1977). Con esta remozada visión del autocentramiento se ha buscado establecer estrategias que permitan recuperar las capacidades locales sin perjuicio de una inserción inteligente en el mercado mundial, la cual, eso sí, exige una concepción estratégica que no puede dejarse al libre arbitrio de las llamadas fuerzas del mercado. Ello permitiría que las regiones más pobres retengan los excedentes (financieros y humanos) en mayor cuantía, en vez de que estos se extraigan de aquellas, como sucede ahora. La expansión del mercado interno y el desarrollo local-territorial irían de la mano. Como se ve, surge con inusitado vigor el concepto de lo local dentro de lo global y hacia lo global. Se requiere una

¹⁰ La alternativa no era la autarquía, como tampoco es la meta final de las propuestas “autocentradas”.

“glocalización” puesta en marcha desde lo local, y no una “glocalización” desde la perspectiva global de los intereses de las empresas transnacionales o de los centros de poder político mundiales, que valoran lo local en función de sus racionalidades globales y en algunos casos simplemente para pulir su imagen social o ambientalista.¹¹

Cada vez hay más conciencia sobre la necesidad de abordar el tema del desarrollo desde una perspectiva global, como una urgente respuesta a la globalización capitalista unificadora y simultáneamente fragmentadora y fraccionadora. Esto es lo que Narr y Schubert designan como la “producción de la desigualdad” global (1994).

Para evitar una marcha continuada detrás de un fantasma, el tema del desarrollo debe replantearse a nivel amplio en el marco de instituciones que aseguren la vida en el planeta. Los campos de acción no se agotan en el ámbito nacional, si no que deben proyectarse tanto desde lo local como hacia lo global.

Esto implica ir gestando, desde lo local, espacios de poder real, verdaderos contrapoderes de acción democrática en lo político, en lo económico y en lo cultural. Habría que pasar, como lo entiende Tortosa, del nivel local de “autodefensa” a “crear minisistemas alternativos fuera del sistema” o aún dentro de él, desde los cuales ir potenciando la economía popular o economía solidaria¹², sin descuidar “la creación de redes de todos los anteriores con el propósito de producir una densidad global”, capaz de inducir y producir el cambio a nivel nacional -Estado y mercado-, incidiendo permanentemente en lo global. No hay prioridades preestablecidas, su prelación es ante todo el resultado de concepciones y acciones estratégicas. A partir de ellos se podrán forjar los embriones de una nueva institucionalidad estatal, de una renovada lógica de mercado y de una nueva convivencia societal. Contrapoderes que, sin esperar la constitución de un centro rector, servirán de base para la(s) estrategia(s) colectiva(s) que debe(n) construir un imaginario de desarrollo. Esta podría ser la vía para diseñar el tan ansiado proyecto nacional de desarrollo, que en la práctica se conformará de muchas visiones locales y globales. Proyecto que no podrá ser una visión abstracta que descuide a los actores y a las relaciones presentes, reconociéndolos tal como son hoy y no como se quiere que sean mañana.

En este contexto, la acción estatal debería estar encaminada a reforzar decididamente un encadenamiento (productivo, fiscal, de demanda, sectorial y territorial), toda vez que sería el esquema central y guía para la gestación de mercados locales ampliados o masivos. Ello haría posible reducir, poco a poco, la dependencia de estos segmentos -relativamente atrasados en su inicio- de los insumos y bienes

¹¹ Existen primeras aproximaciones hacia una glocalización impulsada desde el ámbito nacional (Schuldt 2001).

¹² Sobre el tema se pueden consultar los valiosos aportes de José Luis Coraggio.

finales del segmento urbano moderno, con lo que presumiblemente se generaría una dinámica propia y relativamente autodependiente entre los segmentos productivos dirigidos al mercado interno (segmento rural tradicional y segmento urbano tradicional, así como de parte del segmento rural moderno), lo que a la larga también incorporaría y subordinaría a los sectores exportadores a esa dinámica endógena de expansión de la economía.

Al tiempo que se replantea el Estado habrá que repensar el mercado, sin dogmatismos paralizantes. La salida no pasa por lograr menos Estado y más mercado, como sugieren los neoliberales. Tampoco se puede retornar a una lógica estatizante. Es preciso conseguir un Estado y un mercado mejores en función de los objetivos que se establezcan. El Estado, entonces, no tiene que ser necesariamente más grande o más pequeño, sino mejor en términos cualitativos; se puede afirmar, que se requiere menos Estado en su concepción burocrática/paternalista y más capacidad de gobierno en términos de participación social y, naturalmente, de los resultados que se obtengan para satisfacer las necesidades colectivas y nacionales. Y si el Estado nacional no sintoniza su accionar con las urgencias regionales o locales, al menos en una primera instancia, la tarea exige reforzar con mayor razón respuestas desde los otros ámbitos estratégicos de acción, sobre todo locales, en los cuales obran los municipios como una de las primeras instancias de representación ciudadana.

Lo que está en juego, en suma, es la búsqueda de un nuevo régimen social de acumulación y participación. Lo cual conduce a diseñar una concepción estratégica de intervención en el contexto global, como parte de un proceso nacional-local de desarrollo. Un enfoque que, teniendo al ser humano como sujeto y objeto de la acción, exige incorporar y revalorizar consideraciones ecológicas, sociales y culturales, sin descuidar lo económico, por cierto. Esta debería ser una programación que guíe y ofrezca una serie de criterios tanto para el corto plazo como para los mediano y largo plazos.

Por lo tanto, esta estrategia o esta combinación de estrategias tendrán que ser suficientemente flexibles para enfrentar las turbulencias del mercado mundial, las transformaciones que se deriven de la nueva revolución tecnológica, la complejidad creciente de los fenómenos geopolíticos a nivel mundial y aún los siempre difíciles retos internos. En este empeño cabe aprovechar todas las capacidades disponibles, así como desarrollar ventajas comparativas dinámicas; en especial si se tiene presente la serie de limitaciones y dificultades que se derivan de una globalización capitalista que excluye sistemáticamente a la mayoría de la población mundial y que presenta un creciente antagonismo de los intereses del Norte y del Sur; antagonismo que se reproduce con redoblada fuerza dentro de los países subdesarrollados. Todo en un ambiente donde afloran, de una manera abierta o solapada, las intromisiones imperiales y transnacionales. Basta ver como, en la actualidad, nuevas formas de violencia global se

nutren de la lucha contra el terrorismo internacional; “el nuevo orden mundial de la globalización, ya no se impone por su propia racionalidad, ética o bondad: un poder militar globalizado se constituye en garante contra cualquier posible enemigo o ataque, que automáticamente serán considerados terroristas” (Sánchez Parga 2001). El terrorismo y la guerra antiterrorista, entonces, no pueden entenderse al margen de esta lógica global. Lo que está dando paso a una reconstrucción de las estructuras de dominación global que no surge por ningún complot mundial, si no que es entendible dentro del proceso mundializado de acumulación del capital, es decir de creación, apropiación y utilización del excedente económico.

Si se pone la vida en el centro de la acción y no solo la reproducción del capital, impulsar un nuevo proceso de globalización es indispensable. No está en juego un mejor sistema de acumulación material. No se trata solo de hacer bien las cosas o de buscar unos cuantos consensos para parchar al sistema. Se precisan cambios profundos. Urge superar aquellas visiones simplistas que convirtieron al economicismo en el eje de la sociedad.

En suma, la discusión sobre el desarrollo y el subdesarrollo, como categorías ontológicas complejas y todavía difíciles de definir, sigue planteada. Y el tema es, nuevamente, político. Esta tarea implica un esfuerzo de largo aliento y de profundas transformaciones, cuyas connotaciones adquirirán una creciente urgencia en la medida que se profundicen las condiciones críticas desatadas internacional y nacionalmente, en el campo social, ecológico y hasta económico. Paulatinamente se perfila la necesidad de revisar el estilo de vida vigente a nivel de las elites y que sirve de marco orientador (si bien inalcanzable) para la mayoría de la población; una revisión que tendrá que procesar, sobre bases de real equidad, la reducción del tiempo de trabajo y su redistribución, así como la redefinición colectiva de las necesidades en función de satisfactores ajustados a las disponibilidades de la economía y la naturaleza. Más temprano que tarde, aún en los mismos países subdesarrollados (no se diga en los desarrollados¹³), debería darse prioridad a una situación de suficiencia, en tanto se busque lo que sea bastante en función de lo que realmente se necesita, antes que de una siempre mayor eficiencia -sobre bases de una incontrolada competitividad y un desbocado consumismo- termine por hacer imposible el sostenimiento de la humanidad sobre el planeta.

¹³ Tortosa también asume este planteamiento, cuando afirma que el problema del subdesarrollo “sólo se solucionará cuando los países llamados desarrollados cambien de políticas hacia los subdesarrollados y las elites muy ricas de los países pobres abandonen su actividad igualmente depredadora. Hay argumentos para pensar -dice el mismo Tortosa- que eso no va a suceder con facilidad. - Mejor, entonces, no engañarse y saber exactamente qué significa lo que se está haciendo”.

Negar la existencia de la “globalización” del capital o impugnarla sin propuestas alternativas no mejora las cosas, menos aún apoyarle en forma ingenua y cómplice. La tarea es construir una situación global de derecho, que permita normar y de ser posible desarmar la mundialización del capitalismo desbocado. El reto, entonces, no radica en obligar a los países subdesarrollados a seguir por un camino sin salida, simplemente para imponer la razón coyuntural del más fuerte, que implica la sinrazón de un futuro cada vez más inhumano.

Referencias bibliográficas

- Acosta, Alberto (2001) “Teoría del desarrollo ¿Tradicional asignatura alemana?” (colofón), en Thiel, Reinold E., *Teoría del desarrollo - Nuevos enfoques y problemas*, Nueva Sociedad, Caracas. Parte de las reflexiones del presente artículo son tomadas de este colofón.
- Acosta, Alberto (2001) “La deuda externa, un problema político global”, en varios autores, *Deuda externa – Construyendo soluciones justas*, CDES, Quito.
- Acosta, Alberto y Schuldt, Jürgen (2000) “Algunos elementos para repensar el desarrollo - Una lectura para pequeños países”, en Alberto Acosta (compilador), *El desarrollo en la globalización - El reto de América Latina*, Nueva Sociedad e ILDIS (FES), Caracas.
- Altvater, Elmar (2001) “De las realidades posibles - Impedimentos en el camino del desarrollo”, en Thiel, Reinold E., *Teoría del desarrollo - Nuevos enfoques y problemas*, Nueva Sociedad, Caracas.
- Bliss, Frank (2001) “Cultura y desarrollo. Cuando se despliega la creatividad aparece el desarrollo”, en Thiel, Reinold E., op. cit.
- Cueva, Agustín (1979) *El desarrollo del capitalismo en América Latina*, Siglo XXI Editores, México.
- de Sebastián, Luis (1999) *El rey desnudo – Cuatro verdades sobre el mercado*, Editorial Trotta, Madrid.
- Brandt, Willy (1980) *North-South: A Programm for Survival*, Report of the Independent Commission on International Issues, The MIT Press, Cambridge.
- Brock, Lothar (2001) “Tercer Mundo universal. La generalización de la problemática del desarrollo como foco de la construcción teórica”, en Thiel, Reinold E., op.cit.
- Hankel, Wilhelm (2001) “El desarrollo necesita normas. Hacia la institucionalización del globalismo”, en Thiel, Reinold E., op.cit.
- Jakobeit, Cord (2001) “La teoría del régimen y la nueva regulación de las condiciones marco de la economía mundial”, en Thiel, Reinold E., op.cit.
- Marx, Carlos y Engels, Federico (1955) “Manifiesto del Partido Comunista”, en Obras Escogidas, Editorial Progreso, Moscú.
- Narr, Wold-Dieter y Schubert, Alexander (1994) *Welökonomie - Die Misere der Politik*, edition suhrkamp, Frankfurt.

- Polanyi, Karl (1992) *La gran transformación – Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Quijano, Aníbal (2000) “El fantasma del desarrollo en América Latina” en Alberto Acosta (compilador); *El desarrollo en la globalización - El reto de América Latina*, Nueva Sociedad e ILDIS (FES), Caracas, 2000.
- Sánchez-Parga, José (2001) “Terrorismo y antiterrorismo del orden global”, en la Revista *Ecuador Debate* N° 54, Quito, diciembre 2001.
- Schelckle, Waltraud (2001) “La teoría monetarista del desarrollo”, en Thiel, Reinold E, op.cit.
- Schuldt, Jürgen (1995) *Repensando el desarrollo: Hacia una concepción alternativa para los países andinos*, CAAP, Quito.
- Schuldt, Jürgen (2001) “Perú, 2001-2006: ¿Marchando hacia la Glocalización?” en la Revista *Actualidad Económica* N° 218, Lima, agosto 2001.
- Sen Amartya (1983) "Los bienes y la gente", en la revista *Comercio Exterior*, volumen 33, N° 12, México, diciembre de 1983.
- Sen Amartya (1985) "Cuál es el camino del desarrollo", en la revista *Comercio Exterior*, volumen 35, N° 10, México, octubre de 1985.
- Tezlaf, Rainer; “Transición democrática y orientación al mercado. Elementos para una teoría universal del desarrollo”, en Thiel, Reinold E., op.cit.
- Tortosa, José María (2001) *El juego global – Maldesarrollo y pobreza en el capitalismo global*, Icaria, Barcelona, 2001.
- Viteri Gualinga, Carlos (2002) “Visión indígena del desarrollo en la Amazonía”, en *Polis. Revista de la Universidad Bolivariana*, volumen 1, N° 3, Santiago.